contrario con el ejemplo del médico Arístides que se sacrifica por un esclavo. Ya en Plauto se nos habla, como de la cosa más familiar, de los infelices «cuerpos de pantera», por las señales de los castigos.

Por otra parte, las consecuencias que quiere sacar del viejo título *paterfamilias* (ae) no son justas, pues sigue a los escritores tardíos, que las utilizan con criterio filosófico y retórico. El antiguo *paterfamilias* es —hasta donde podemos ver con alguna claridad— otra cosa que el mero jefe de una servidumbre. Y en este punto es imprescindible —y Birt lo olvida— señalar claramente el cambio, de importantes resultados, que tiene lugar después de las guerras púnicas, entre otras causas por la enorme afluencia de esclavos.

Unos párrafos dedicados al sistema colonizador habrían sido de sumo interés. Cuando alguien se decida a hacer el primer libro español sobre Roma, dentro de este plan modesto, no podrá por menos de consultar para este aspecto el capítulo correspondiente del precioso librito inglés *Roma* de Warde Fowler.

Hay que llevar, a la cuenta de Birt su excelente propósito, no pocas veces logrado, de infundir calor y vivacidad a una exposición, que con frecuencia es harto seca y tediosa en otros libros de su género. Y el máximo reconocimiento para la dirección de *Breviarios de Ciencias y Letras,* por haber atendido tan celosamente a cubrir el triste vacío que representaba en un pueblo de habla romance la absoluta carencia de un libro sobre Roma en lengua española. — *J. VALLEJO.*

IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO: MENDIZÁBAL, 34, MADRID

Año III N.° XI

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

R. PÉREZ DE AYALA: *Sobre las mujeres, el amor y Don Juan* * G. PITTALUGA: *Biología de los vicios* JOSÉ DELTEIL: *La peste en París* * EDUARDO SCHWARTZ: *Un intelectual en la política: Cicerón* * LUIS OLARIAGA: *Impresión de la Argentina en un economista*

NOTAS.—ANTONIO MARICHALAR: Los millones del conde Boni * AMÉRICO CASTRO: Cesare de Lollis, *Cervantes reazionario* * LUIS DE ZULUETA: Maxime Gorki, *Lénine et le paysan russe* * P. BOSCH GIMPERA: Obermaier (H.), *Fossil man in Spain*

Precio: 3,50 Madrid Febrero 19

Biología de los vicios

UNA teoría del Vicio, desde el punto de vista estrictamente biológico, que estudie y procure interpretar científicamente esta forma de actividad humana, no se ha intentado todavía. Ni el espíritu precursor de Spinoza, ni más tarde Kant, ni Schopenhauer en la memoria sobre «El fundamento de la Moral», o Nietzsche en «La genealogía de la Moral» han acertado a separar a los Vicios de las Pasiones, a desentrañar sus caracteres peculiares en la maraña de los móviles y de los actos, de las emociones y de los gestos. En Darwin, en Spencer asoman algunas alusiones preñadas de promesas.

De todos modos, la novela y el teatro, muy especialmente el teatro cómico, son las fuentes inagotables en donde los que no sepan o no quieran leer directamente en la vida habrán de buscar la imagen de los infinitos matices del vicio, y su enlace con un fondo común, que el genio de la especie diría «de energías malgastadas».

Existen, sí, montañas de tratados doctrinales, disquisiciones teóricas, ensayos, aforismos y sentencias que intentan atacar y resolver el problema soslayando su esencia vital, otorgando, en cambio, consejos para la conducta, y razonando este pragmatismo normativo por medio de ilaciones y silogismos que tienen, forzosamente, como punto de partida o una idea moral del *bien*, o una idea práctica de lo *útil*, o la idea abstracta del *deber*.

Pero nada de esto atañe a nuestro problema.

1. *El Vicio y el criterio moral del «bien».*— Si se clasifican las acciones humanas —o mejor dicho, los tipos de actividades humanas— con arreglo a un criterio moral, esto es, en *buenas* y *malas*, nos damos cuenta en seguida de que un gran número de los llamados vulgarmente *vicios* no encajan ni en uno ni en otro grupo. El vicio del fumar no es, desde el punto de vista ético, ni bueno ni malo. Si un hombre frecuenta las salas de juego, y se mantiene dentro de los límites de la corrección en el manejo del dinero o en el pago de las deudas, no comete una *mala* acción, y sin embargo ha contraído un vicio. El pueblo, que sabe distinguir con exquisitas intuiciones estos matices de la multiforme y complicada actividad espiritual del hombre, no condena con un mismo grado de repulsa a un hombre que *tiene un vicio* y a otro que comete una mala acción o que conduce una vida inmoral. Antes bien, el vicio contraído suele ser, dentro de ciertos límites, excusa o atenuante para las acciones

descarriadas. Mas esto toca ya a la definición del concepto del vicio, y por tanto a sus íntimos factores psicológicos y sociológicos. De momento podemos afirmar que un vicio, tal como vulgarmente se entiende esta forma de actividad en la vida doméstica o social, se escapa, la mayoría de las veces, al criterio moral.

2. *El Vicio y el criterio de la utilidad social.*—Habrá que acogerse al criterio utilitario. Si adoptamos, para abreviar, los ejemplos antes citados —del fumador y del jugador— nos encontramos, en efecto, con que ambos vicios entrañan un desperdicio de las energías económicas personales o familiares; y que el uno, además, puede ser nocivo a la salud, y el otro acentúa y multiplica los riesgos, que acechan a lo largo de la vida a todos los hombres, de cometer alguna acción incorrecta o resueltamente inmoral. Se podrá decir, por consiguiente, que el fumar: 1.°, no aporta utilidad alguna; 2.°, es antieconómico; no forma parte, pues, de las actividades económicas del hombre, indirectamente relacionadas con las dos necesidades primarias de la nutrición y de la reproducción, del alimento y del sexo; 3.°, puede ser nocivo. Así, del juego puede decirse: 1.°, que no educa para el esfuerzo y para el trabajo; 2.°, que es antieconómico, porque la inmensa mayoría de los jugadores pierden; 3.°, que es arriesgado, así en el sentido económico como en el sentido moral. Pero un riesgo

de caer en la inmoralidad no es todavía una inmoralidad. Desde el punto de vista teórico, el de los riesgos y el de los hechos son dos campos de fenómenos enteramente distintos. De todos modos podemos aceptar que el criterio de lo útil es aplicable a la definición del vicio, con tal que se considere al vicio como un *hecho individual*. Ahora bien: si nosotros creemos, y podemos demostrar, que el vicio es un *hecho social*, en el sentido que Durkheim ha dado a esta palabra, esto es: que existe con independencia de las formas concretas e individuales con que se difunde, se nos aparecerá además, y tendremos que considerarlo en efecto como un hecho *normal*, cualesquiera que sean las formas liminares, o extremas, morbosas o patológicas, con que se manifieste. Esto no contradice al criterio de utilidad. La vejez es un hecho normal, y sin embargo nadie consentirá en considerarle individualmente útil o conveniente. Mas de la misma manera que intentamos explicarnos, con un método científico, el proceso normal del envejecimiento, de la misma manera hemos de esforzarnos en aclarar los factores orgánicos, mentales y sociales del vicio. Veremos entonces que también desde el punto de vista individual sus raíces fisio-patológicas y psicológicas —las que han de servirnos para el ensayo de una teoría biológica del vicio—, explican con demasiada claridad el origen, el significado, la necesidad de este gesto característico de la especie humana —el *gesto vicioso*— para que podamos conformarnos con clasificarle y condenarle por inútil o por nocivo.

Debemos, ante todo, comprenderle.

3. *Concepto biológico del vicio y su definición.*— El método que vamos a adoptar exige dos advertencias. En primer término: cuando nos proponemos, como en este caso, estudiar un fenómeno humano y social desde el punto de vista biológico, no pretendemos en modo alguno despojarle de sus caracteres morales o jurídicos o de otro orden, ni mucho menos negar que los posea y que pueda y deba ser examinado y juzgado desde esos otros puntos de vista. Queremos tan solo afirmar que todo hecho humano y social encierra una esencia vital y depende en parte de factores estrictamente biológicos, que hay que desentrañar para entenderle en sus manifestaciones, para explicar sus orígenes y para comprender sus enlaces con las demás actividades humanas. En segundo lugar: al ceñir nuestra empresa a esta exégesis de los fundamentos biológicos de un hecho que atañe a la conducta de la especie humana —en este caso a la biología del vicio—, no pensamos reducirnos al análisis de sus bases orgánicas, de sus signos somáticos, de sus resortes fisiológicos —(Biología *strictiori sensu*)—, sino al contrario, emplear como elemento de estudio toda la rica floración del vicio en sus más complicados aspectos psicológicos y sociales, en cuanto expresión espontánea de la vida —(Biología *sensu lato*)—, como si pudiéramos prescindir de aquellos otros caracteres y juicios, morales, jurídicos, estéticos, etc., de que antes hemos hablado.

Veamos ahora cuál es, entre las muchas definiciones del vicio, la que mejor corresponde a esta concepción propiamente biológica. El Diccionario de la

Lengua nos proporciona en esta ocasión textos adecuados. El vicio es, en efecto, como veremos más adelante, una ocupación eminentemente académica. Descartemos, ante todo, las definiciones que obedecen a criterios utilitarios, morales, jurídicos, etc. La primera, que dice: «Vicio: mala calidad, defecto, o daño físico en las cosas.» (Esta definición no atañe a los hechos humanos y sociales. Tiene, con todo, un gran interés, porque se le atribuye, al parecer, una prelación cronológica, como si todas las otras hubieran sido aplicaciones posteriores y sucesivamente más finas, más espirituales, de este primer concepto de «mala calidad de las cosas». Con ello se hace en cierto modo inseparable del vicio una idea de mal. Veremos luego en qué consiste, desde el punto de vista biológico, la calidad maligna del vicio). La segunda: «Falta de rectitud o defecto moral en las acciones», implica un criterio moral, y no se aplica a todos los vicios. La tercera: «Falsedad, yerro o engaño en lo que se escribe o se propone». Presupone una norma jurídica, unos cánones, un derecho. La cuarta: «Hábito de obrar mal». En esta definición, que presupone también un criterio moral o jurídico, aparece sin embargo un concepto que ha de considerarse como escuetamente biológico; es el *hábito*. Contraer un hábito significa *automatizar* progresivamente, en proporciones variables, nuestras reacciones ante un estímulo. Pronto hemos de ver hasta qué punto esta dosis de *automatismo* es inherente al hecho vicioso. Es precisamente su condición o cualidad de hábito, en el sentido psicológico de esta palabra, lo que constituye el *substratum sine qua non* del

vicio, o cuando menos uno de sus caracteres fundamentales. William James refiere, en los «Principios de Psicología», un cuento de Huxley, dado por este fisiólogo como máximo y cómico ejemplo de automatismo del hábito. Un veterano atraviesa el patio del cuartel llevando en las manos dos ollas humeantes de rancho; un burlón le grita, de improviso, por la espalda: ¡Atención! ¡Cuádrese! El veterano se cuadra; el rancho cae en el barro. Los componentes de este ejemplo son: una *persona* que ha contraído un *hábito* en virtud del cual *reacciona automáticamente* frente al *estímulo* que ha sido el determinante primario del hábito o que es su símbolo auditivo, visual, sensorial; y esto aún con *daño* o con *olvido* de otra actividad, tan útil como el cuidado de la propia comida. Podemos sustituir y variar tres factores: 1.°), la *persona* [entiéndase el factor constitucional, el temperamento, la educación, la cultura, etc.]; 2.°), el *estímulo;* 3.°), el *tipo de reacción* y el grado *de automatismo*. Siempre quedarán, como condiciones o cualidades esenciales del vicio: 1), el *hábito* contraído; 2), el *olvido*, cuando menos, o el *desvío* —si queremos emplear una palabra comúnmente asociada con el concepto del *gesto vicioso*— de las actividades primarias del hombre, relacionadas directa o indirectamente, con los grandes móviles instintivos de la acción: el alimento y el sexo. Por ejemplo: en lugar de nuestro veterano imaginemos a un hombre avezado, durante largos años, a frecuentar prostitutas. Este hombre se casa. Lleva a su lado, por la calle, a su mujer, como el veterano llevaba en sus manos la comida. De improviso, la sonrisa de una

cortesana que pasa por la acera de enfrente desencadena los resortes automáticos del hábito. El hombre reacciona al estímulo como el veterano a la voz de atención. El grado de automatismo, el «tempo» de la reacción serán distintos; en este caso serán más tardíos, menos aparatosos; mas en suma nuestro hombre dejará a su mujer en casa, o la acompañará hasta la esquina, o saldrá por la noche —lo mismo que el veterano dejó caer al suelo la comida—, y obedecerá a la llamada de la sonrisa.

Todo ello puede verificarse de una manera menos inmediata, menos directa y esquemática; los tiempos entre los momentos de la reacción pueden dilatarse; el estímulo puede variar al infinito: en lugar de un encuentro será una carta, en lugar de una carta un recuerdo, una evocación; siempre es el *hábito* que manda; siempre es sacrificado lo que constituye objeto verdadero, primario, de las complicadas manifestaciones de nuestras actividades instintivas que atañen al sexo o al alimento. He aquí un joven que estudia: el libro que tiene entre las manos le servirá, mañana, para ganarse el pan de cada día. Es, pues, teóricamente, la misma cosa que el rancho del veterano del cuento de Huxley. Ahora bien: de pronto, el joven suelta el libro —lo mismo que el veterano soltó la comida— y enciende un cigarrillo. El contenido del vicio —fumar, jugar, ser mujeriego, ser coleccionista o alcoholista o ateneísta— podrá hacer variar, entre límites muy extensos, la gravedad de las consecuencias individuales o sociales del vicio, pero no influye para nada en la apreciación de su mecanismo psicogenético y de su significado biológico. Una persona que no

tenga el *hábito* de fumar aceptará, en ocasiones, un puro ante la insistencia de un amigo durante una sobremesa; pero jamás se le ocurrirá a esa persona encender un cigarrillo mientras estudia o trabaja. El *hábito* es, pues, condición *sine qua non* del vicio.

Se enlaza con este concepto del hábito la definición 5.ª del Diccionario, que dice: «Defecto o exceso que como propiedad o costumbre tienen algunas personas o que es común a una colectividad». Aquí se prescinde ya del todo de criterios morales o jurídicos o utilitarios. No hay más que un patrón: es el *tipo medio* de hombre social o de sociedad humana. Cuando una persona o una colectividad se aparta de la conducta del tipo medio en una forma cualquiera de actividad, y éste apartamiento se fija en hábito o costumbre, dícese de aquella persona o de aquella colectividad que se hallan viciadas por esta costumbre. En este sentido especial —el más amplio, y por ende el menos fino, el menos exacto de todos—, el vicio se nos aparece como exento de todo contenido amoral, de toda mancha jurídica concreta, de todo daño o perjuicio: se hace por tanto *relativo* al tiempo, al grupo social, a la clase, a la profesión, al tipo de civilización.

También se puede entender por vicio (definición 6.ª): «Un gusto especial o demasiado apetito a una cosa, que incita a usar de ella frecuentemente y con exceso». Esta interpretación, estrictamente biológica, introduce veladamente en la formación del vicio cierta tendencia temperamental, un factor constitucional previo, una apetencia que ya existe cuando no es todavía hábito. Progresivamente nos

acercamos a conceptos más naturalísticos del vicio. Así los horticultores, agricultores y botánicos hablan de «vicio» para indicar «lozanía y frondosidad excesiva, perjudiciales a la planta» y dicen, verbigracia: «los sembrados llevan mucho vicio», y llaman «enviciar» al «echar las plantas muchas hojas, haciéndose escasas de fruto». De igual modo, dícese de una especie animal que está «viciada» por un defecto funcional o una desviación somática, automatizado el primero, transmisible la segunda, que la apartan del tipo primario de la especie.

Ahora bien, si reunimos el mayor número de observaciones acerca de estos «vicios» o actitudes viciosas de animales y vegetales, nos percatamos en seguida de que se hallan relacionadas más o menos directamente con el fenómeno de la *domesticidad* o con el proceso de la *domesticación*. Este tipo de convivencia, que no es ciertamente exclusivo del hombre —recordemos a los hormigueros y a las colmenas—, pero que en el hombre alcanza la cumbre de su evolución, y que adquiere una modalidad peculiar en la vida urbana, —es como la incubadora del vicio, el ambiente más propicio a su arraigo y a su difusión.

En resumen: un *hábito;* ciertos *factores temperamentales;* un sentido de *exuberancia* y de *exceso vital;* la influencia de la *domesticidad;* el *menoscabo* de otras actividades utilitarias; cierto grado de *desviación* del tipo medio social; y anchos límites de *relatividad* en las sanciones y en la misma apreciación del vicio: he aquí lo que nos queda entre manos para desentrañar su significado biológico.

4. *El vicio es una actividad independiente de su contenido.*—Lo primero que se desprende de todo ello es que el vicio es una actividad independiente de su contenido. Con esto queremos decir que el objeto inmediato o contenido concreto del vicio *a* o del vicio *b* —el juego, el tabaco, etc.—, importan mucho menos que la *actitud viciada* o el *gesto vicioso* en sí, en cuanto «*energía potencial empleada en el vicio.*» Habrá que examinar, pues, si este caudal de energía que se resuelve en vicio, y que en proporciones variables, pero comunes a la inmensa mayoría de los hombres, parece reservado para el vicio, dimana en sus hondas raíces psicológicas del mismo manantial de que deriva el haz central de nuestras actividades sociales, todo lo que hacemos en la vida, y que no es vicio, desde la humilde faena del *panem nostrum cuotidianum*, hasta la acción heroica a que nos impulsa la exaltación de un ideal o el crimen a que nos lleva la fuerza avasalladora de una pasión.

5. *Jerarquía de los vicios.*—Ahora bien: este potencial de energía desviada hacia el vicio se manifiesta concretamente en el vicio *a* o en el vicio *b* merced al engranaje o ajuste de factores temperamentales o constitucionales, intrínsecos, con múltiples factores sociales, educativos, ocasionales, extrínsecos. De este modo surgen los tipos diferentes de actividad viciosa, prescindiendo, claro está, de los infinitos matices individuales, que más bien dependen de la intensidad del

potencial de energía de que el individuo dispone. Lógrase así establecer una *jerarquía* de los vicios y una escala de afinidades no sólo de los vicios entre sí, sino de los vicios con los instintos, con las pasiones, con las emociones, con las sensaciones, con las actividades primarias del espíritu humano. Entiéndase bien que en mi juicio esta jerarquía no obedece, pues, en modo alguno, al criterio jurídico o social del vicio, ni surge de las sanciones morales o legales con que se le intenta encauzar o corregir, ni tiene en cuenta siquiera la gravedad de las consecuencias que el vicio acarrea, ni, por fin, atañe a la intensidad con que se le rinden las voluntades y las conductas de los hombres. Esta clasificación jerárquica de los vicios quiere, en cambio, hacer resaltar los enlaces de ciertos complejos de factores temperamentales y factores ocasionales, con otros complejos igualmente formados de factores intrínsecos y extrínsecos y las relaciones que existen entre estos complejos psicológicos y sus resultados sociales o vicios; en suma, los *tipos* de vicios en cuanto expresión de lejanas tendencias subconscientes, o de actividades cohibidas o de reacciones malogradas o sustituídas, con un sentido oculto, profundo, solidario y único: la rebeldía del individuo contra la esclavitud de la especie.

Para esta rebeldía el hombre encuentra sugerimientos fáciles en las espontáneas actividades de la infancia y de la adolescencia: el juego, el deporte, la diversión; y a su encuentro vienen, para allanarle el camino, todas las invitaciones de los sentidos y todas las fantásticas construcciones de la inteligencia.

Un grupo de vicios se establece por la senda de las *diversiones*, con la tertulia, el café, el club, el teatro. Estas actividades viciosas se elaboran, antes de cuajar en el hábito, con muy reducidos elementos psicogenéticos: sentido antidoméstico; pequeñas complacencias de la vanidad personal, de un tipo enteramente asexual; compensaciones o complementos de la sensualidad insatisfecha; olvido de las preocupaciones económicas; vagas aspiraciones a lo imprevisto y casual. El soporte de condiciones temperamentales o constitucionales requerido en estos casos no se aleja del tipo medio común. Son éstos los vicios de la comunidad, del pequeño burgués y del artesano, del empleado y del comerciante, del labrador y del propietario.

Si la necesidad de olvidar se hace imperiosa, si la emotividad temperamental vibra en un patetismo constante, si los motivos antidomésticos se acentúan, si la ocasión o el ejemplo acostumbran el gusto y la sensibilidad a las drogas o al vino, de aquel primer grupo de diversiones viciosas se destacan hábitos viciosos que presuponen, como se dice con exactitud, mucho mayor degradación en cuanto a las resistencias de los resortes de la voluntad: el vicio del alcohol, del opio, de la morfina, de la cocaína, del éter, etc. El *tabaco* pertenece ciertamente a este mismo grupo de actitudes y usos viciosos, cuyo punto de partida es una complacencia sensual relativamente grosera, afinada y en cierto modo seleccionada más tarde, cuando cada uno escoge, por decirlo así, la técnica más exquisita o más adecuada del propio vicio. Sin embargo, el tabaco es un vicio aparte.

Por la lentitud de su acción tóxica sobre el organismo, por la riqueza de sensaciones satélites que despierta y de imágenes secundarias que sugiere, por el mimetismo en que se desenvuelve, por la misma virtualidad que encierra como ejemplo de actividad inútil en cuanto a los intereses primarios de la especie, por la enorme difusión entre hombres de todas las razas y de todas las clases sociales, el vicio de fumar, en cuanto a sus orígenes psicológicos, está más cerca, en mi entender, de los juegos del niño que de las diversiones del adulto. En cambio se enlazan quizás con el *deporte*, otras actitudes viciosas, que implican caracteres acentuados de antidomesticidad y antisociabilidad, tales como el *nomadismo*, la *bohemia*, el *pauperismo*. El máximo grado de actitud antisocial, que expresa con claridad la inconsciente protesta del individuo contra los deberes impuestos por la especie, es la *inercia;* vulgarmente: la *pereza*, que es uno de los factores psicológicos más importantes del *pauperismo*, independientemente de los factores económicos que intervienen en este complicado fenómeno social. La tertulia, el café, el club, el teatro se enlazan, por otros caminos, con actividades viciosas o vicios peculiares, que se nutren de factores intelectuales o pseudo-intelectuales, de tecnicismo, de memorismo, etc. Florecen así por un lado el academicismo y las academias, el *cientificismo* que culmina en formas patológicas de pseudología fantástica, el *ateneísmo* que es una especie de *narcisismo* colectivo; en parte también la *política*, para un grupo de personas que intervienen en la cosa pública sin móviles ni inte-

resados ni ideales, por mero dilettantismo y por pretexto de actividad antidoméstica; por otro lado, el *coleccionismo* con todas sus ramas frondosas. Quedan, por fin, dos grupos de vicios que dimanan de verdaderas desviaciones o perturbaciones de las dos actividades primarias del sexo y del alimento. La intervención de factores psicogenéticos patológicos, constitucionales, se acentúa hasta límites extremos en algunos de estos vicios. Sólo a costa de tales desviaciones psicológicas y fisiopatológicas se explica, en efecto, que una forma de actividad cuyo contenido es el sexo llegue a manifestarse con resultados antisexuales desde el punto de vista de la conservación de la especie. Inútil recordar aquí todos estos vicios, desde el *donjuanismo* hasta la *prostitución*, desde el *onanismo* hasta las *perversiones*.

Del mismo modo, la actividad económica cuya finalidad es la conservación del individuo y de la prole, degenera en *avaricia*, o en *prodigalidad*, o en el *vicio de los negocios arriesgados*, que tiene mucho del juego de azar; o, mezclándose con factores emotivos y religiosos, en *pietismo*. La avaricia es, en mi entender, una forma de coleccionismo. En apariencia, el avaro, que acumula dinero, exagera una actividad propiamente económica, y por tanto, una actividad relacionada con el instinto de acrecentar el bienestar de la prole. Mas, en realidad, el instinto ha sufrido una traición, ha sido suplantado por una tendencia egocéntrica, por una complacencia desligada de toda relación con los dos motivos primarios —trófico y sexual— de la vida. El avaro, en efecto, niega el dinero a las necesidades espirituales, a la educación, a la cultura, a los medios

técnicos, o estéticos, con que la prole ha de ser preparada y amparada contra las futuras embestidas de la vida social. La sanción del destino consiste, por regla general, en esto: que los hijos del avaro malgastarán sin provecho el caudal acumulado *contra naturam*. Luego la finalidad de la especie ha sido mistificada, traicionada, engañada. He aquí el vicio.

Por fin en el centro o en la cumbre de esta extraña jerarquía de los vicios está el vicio puro, el más exento de mezcla con factores de otro orden en sus orígenes psicológicos: el juego.

6. *El juego de los niños y el juego de azar.*— La sabiduría del lenguaje ha fundido en una sola palabra dos manifestaciones de la actividad humana en apariencia muy alejadas en su significación moral y aún en su sentido biológico: los juegos de los niños y el juego de azar. El juego del niño es la espontánea expresión del ajuste perfecto, en un sentido propiamente biológico, de la actividad muscular, sensorial, espiritual, del organismo del niño con las necesidades del metabolismo, las exigencias del crecimiento, el potencial de las energías disponibles, la avidez de la curiosidad, el ejercicio de la inteligencia. El juego de azar se nos aparece como el más risible desperdicio de energías y de tiempo. Y, sin embargo, es posible que en sus secretos orígenes obedezcan a una ley común. El juego del niño representa la pura satisfacción del impulso individual cuando todavía no ha nacido el instinto de la especie. El juego de azar logra la máxim

separación del «yo» actuante de todo lo que condiciona el éxito social, esto es de todo lo que constituye el medio, la técnica, el esfuerzo y las sanciones de cada día cuando estamos cumpliendo —directa o indirectamente— con los deberes de la especie. De improviso, en el juego, el hombre vuelve a situarse, aislado, en su muda expectación, frente al azar, esto es frente a las fuerzas naturales, cósmicas, ignoradas, que no tienen nada que ver ni con su pasado ni con su presente. En cambio lo pueden todo para el porvenir. Es exactamente la posición del niño, para el cual el pasado no existe, y el presente es alegre porque está preñado de esperanzas. De aquí la *puerilidad* del juego. La esencia del juego no es el dinero, sino la *distracción*. Ningún jugador piensa en serio que el juego es un buen procedimiento para ganarse la vida. Pero el jugador no se siente nunca tan libre —esto es, tan feliz—, como cuando entrega su fortuna a la suerte. El jugador se despoja con ello de todas las ataduras, olvida su faena y su hogar, y se abandona a su vana quimera con la misma fruición con que el niño sigue en el cielo el vuelo de una cometa empujada por el viento.

7. *Antítesis del vicio con las actividades económicas.*—El juego de azar es, pues, el vicio puro, el vicio en esencia. Su contenido es la *distracción*. Todo el resto en él, es símbolo o pretexto. Símbolo el dinero, pretexto la ganancia. El juego es el tipo de la actividad antieconómica. Esta antítesis entre el vicio y la actividad económica del hombre, cuya fórmula esquemática es «transformación de trabajo en dinero», hállase íntimamente ligada con el gesto vicioso y con los fundamentos psicológicos del vicio. Ahora bien: ¿cual es el significado oculto de esta antítesis? Entendemos por actividad económica todo cuanto tiende o contribuye al sostenimiento del individuo y de la familia, a la transformación de las riquezas naturales en riquezas artificiales, esto es, dotadas de un nuevo valor, de un valor superior al natural: comercio, industria, agricultura, artes, oficios, técnica, ciencia. Todo esto, directa o indirectamente, es actividad económica, relacionada con las necesidades del alimento o del sexo. El vicio se nutre pues de una energía vital independiente de estos dos instintos primarios, y sus manifestaciones aparecen como *antitéticas* con estos últimos.

8. *Antítesis del vicio con la actividad sexual.*—Del mismo modo, el vicio es una actividad anti-sexual, cualquiera que sea su contenido, incluso en aquellas formas que se desenvuelven específicamente alrededor de contenidos sexuales, porque todas ellas apartan al hombre de la verdadera finalidad del sexo, que es la reproducción de la especie dentro de un marco cuantitativa y cualitativamente eugenésico. Parece inútil someter a un análisis casuístico toda la jerarquía de los vicios cotejándola con la actividad sexual. Todos los hábitos viciosos distraen al hombre de la actividad sexual ejercida *secundum naturam*. Los grados de esta

distracción, las modalidades de intervención del vicio en este apartamiento del hombre de sus deberes sexuales, son infinitos. Más que por los resultados, esta influencia peculiar del vicio importa por su significado psicológico. Es, en su origen, una protesta e insubordinación de los impulsos y de las apetencias individuales para libertarse del yugo de la especie. Divertirse, distraerse, jugar: añoranzas que en el espíritu del hombre contrastan hondamente con la preocupación que acompaña al hecho de procrear, alimentar y sostener a la prole. De ellas arranca ese malogrado intento de insubordinación que encauzado por el hábito, acaba en la platónica protesta del vicio.

9. *Vicio y domesticidad.*—La vida doméstica resume en hechos concretos, objetivos y permanentes todos los motivos antitéticos del vicio. El vicio, por tanto, sigue al fenómeno de la domesticidad como la sombra sigue al cuerpo en la incidencia de un haz luminoso. Se puede afirmar que el vicio surge con el proceso de la domesticación. Para el hombre primitivo el juego del niño, el deporte del adolescente, la diversión del adulto, se confunden en una sola manifestación festiva, dionisíaca, orgiástica, de tonalidad más o menos intensa, en que los factores de la complacencia individual —riesgo, azar, sensualidad, euforia—, se hallan íntimamente mezclados, en proporciones variables, con los factores sexuales, familiares, sociales en sus exigencias embrionarias. La vida doméstica, que se cierra tanto más cuanto más se amplía el círculo de la

tribu o la población de las colectividades rurales o urbanas, acrecienta en el hombre la sensación de esclavitud, la sumisión irremediable a las leyes de la actividad sexual y de la actividad económica. La inmensa mayoría de los hombres derivan entonces el resto de sus energías insobornables—diría Ortega Gasset—hacia el fácil cauce del hábito vicioso.

10. *El vicio y el sexo.*—Si bien se examina, esta íntima relación del vicio con la domesticidad —relación de antítesis, nunca más clara que en la frecuente conducta del hijo *mimado* en exceso, esto es *viciado*—, se confirma por la diversa proporción e intensidad de los vicios entre hombres y mujeres. Diremos como Crisóstomo en el Quijote: no habrá menester muchas palabras para persuadir una verdad a los discretos. Los vicios son formas de actividad peculiares del sexo masculino, aunque no exclusivas. No olvidemos que en la mezcla de los determinantes sexuales, que dan lugar a la proporción constante de los nacimientos de uno y de otro sexo, los factores morfogenéticos y los factores psicogenéticos que han de producir los caracteres somáticos y los caracteres mentales del sexo, se entrelazan en combinaciones extremadamente complejas, en virtud de las cuales asoma en organismos exquisitamente femeninos cualidades varoniles o viceversa, con toda una gama intermedia muy rica en ejemplares de excepción. Pero estas excepciones, aunque alcancen un tipo colectivo, aunque les de resalte la moda, o extiendan su dominio la imitación

la sugestión, no logran desvirtuar las consecuencias de las leyes naturales. Las mujeres que fuman, las que juegan, las que beben, las que hacen colección de sellos o de autógrafos —como no sean los del novio que tienen siempre un cierto sabor de letras de cambio para la fecha de la boda— o las que hacen política son en todas partes minorías reducidísimas, insignificantes respecto a los hombres. La prostitución, no hay que decirlo, tiene un soporte económico sobre el cual se injertan factores degenerativos, anormales, etc., bien estudiados en el libro admirable de Abraham Flexner, y que otorgan a este complejo fenómeno social, en cuanto actividad femenina, un carácter *sui generis* que no puede fundirse en su significado biológico con los vicios varoniles.

11. *El vicio y la edad.*—Del mismo modo el vicio no es propio de adolescentes ni de jóvenes. Es un hábito del adulto, es una actividad sistematizada por la edad madura. Algunos de sus factores psicogenéticos comienzan a actuar quizás desde los años primeros. En muchos casos, el ejemplo, el abandono pedagógico, el ambiente, favorecen en extremo el hábito vicioso desde edad bien temprana, y sin embargo, el niño vicioso es una rara excepción, estimada como cosa anormal, y el joven vicioso produce una repulsión instintiva y provoca una reprobación que no solemos aplicar al hombre maduro. La elasticidad orgánica y espiritual del joven no consiente la deformación del hábito vicioso. El vicio de un joven —cualquiera que

sea su forma concreta— nos produce siempre la impresión poco grata de un envejecimiento precoz. El niño juega, el chico se divierte, el muchacho, el joven se entregan al deporte, henchido de ocultos motivos sexuales y provocador de grandes descargas de energía. El vicio no encuentra lugar entre estas formas de actividad dispersa, espontánea, intuitiva, que se manifiestan conforme el instinto las sugiere, adecuadas cada una al momento orgánico y espiritual. Sólo más tarde una parte de las energías que en la niñez, en la adolescencia, en la juventud, permanecen atadas integralmente al carro de los instintos —crecimiento, conservación y reproducción, sexo y alimento—, se desata, se desliga de sus guías en el mundo subconsciente, y emprende una fuga más o menos alegre, que pronto el hábito fija en actitudes monótonas y en ocasiones sombrías.

12. *La comicidad del vicio y el dramatismo de la pasión.*—Así y todo, el vicio conserva siempre cierto aspecto risible. Diríase que la *comicidad* es una cualidad o carácter propio del vicio. Recuerdo a este propósito algunas agudas observaciones de Bergson expuestas en su estudio sobre «La Risa». Es el automatismo del gesto el que le otorga al vicio este carácter de comicidad, y le condena al castigo del ridículo. Aquello de «no hagas el ridículo» es la advertencia primera con que la madre o la esposa intentan detener al hombre en el umbral del hábito vicioso. Esta comicidad del vicio contrasta profundamente con el dramatismo

de la pasión. En no haber sentido esta honda diferencia estriba el error que infirma todas las teorías morales del vicio. El drama se desenvuelve mudo y oculto, y prepara sus breves y acerados gestos definitivos en lo más recóndito y personal del espíritu humano. Su resorte es la *pasión*, concentración enconada o exaltación violenta de los sentimientos que durante una larga historia espiritual han enriquecido y complicado las emociones primarias de la vida humana, relacionadas con los instintos de conservación y de reproducción, con el alimento y con el sexo. El *vicio*, en cambio, es actitud externa, expresión automatizada de móviles primarios casi enteramente desconocidos por el sujeto, cuya personalidad sentimental se pierde y esfuma en un patrón común a todos los secuaces de un hábito vicioso. Su marco natural es la comedia. La risa es un gesto social —dice Bergson— que subraya y reprime las distracciones en que caen o a que se entregan los hombres en su camino. *Castigat ridendo mores.*

13. *La ocultación del vicio.*—De ahí también que el vicio se encubra casi siempre con un cierto grado de ocultación. Reducida en ocasiones, quizás en la mayoría de los casos, a límites imperceptibles, casi inapreciables, podemos sin embargo descubrir esta tendencia a la ocultación en los hábitos viciosos más comunes y de menor importancia social. Todos los médicos saben cuán difícil es poner en claro con exactitud el número de copas que bebe a diario el obrero en la taberna o la cantidad de cigarrillos que encien-

de un fumador. Esta ocultación se ejerce en forma inversa a la del apasionado que oculta su sentimiento. La pasión se nutre y alimenta de este silencio, porque sabe que cuando llegue la hora del desenlace, el gesto apasionado —exactamente al revés del gesto vicioso— habrá de modificar más o menos violentamente la situación de las personas. El vicio es todo él un gesto, una actitud, fijada en un hábito en que la personalidad sentimental del sujeto ejerce pálidas funciones secundarias. Por eso, cuando la pasión se transforma en acción, se exhibe con aparatosa violencia. En cambio el vicio, que es de suyo un hábito, tiende a ocultarse para continuar.

14. *De los límites consentidos al vicio.*—Es común la creencia de que el vicio consista en un abuso cuantitativo de hábitos o actos o usos normales, o que, de todos modos, si son empleados con moderación no entran en la categoría del vicio. Hay una parte de verdad en esta opinión. Es la que atañe a los resultados prácticos del vicio, a sus consecuencias fisio-patológicas, sociales, etc. Si el vicio se mide por sus efectos económicos, por ejemplo —manera de estimación muy frecuente y muy al alcance de todas las fortunas intelectuales—, no cabe dudar de que un mismo tipo de actividad *viciosa* puede variar en límites extremadamente extensos, desde los mínimos de un hábito imperceptible, inapreciable en sus consecuencias, con relación a la potencialidad económica del sujeto, hasta los máximos de un ruinoso impulso anor-

mal. Supongamos que un modesto empleado, cuyo sueldo apenas alcanza para cubrir las necesidades domésticas, esté tocado por el vicio del coleccionismo. Esta forma de actividad aberrante es en extremo frecuente. Es sabido que los psiquiatras consideran además a la tendencia coleccionadora como un pequeño signo de anormalidad. Es posible, por consiguiente, que se trate de una de aquellas manifestaciones viciosas o vicios que requieren una preexistente constitución psíquica levemente desviada del tipo normal. Sin embargo, este *substratum* psicopatológico del coleccionismo es casi inapreciable en la inmensa mayoría de los casos, sobre todo en lo que atañe a la conducta en la vida. Trátase muchas veces, la mayoría de las veces quizás, de temperamentos esquizoides en el sentido que Kretschmer ha dado a esta palabra, y es posible que la falta de sintonía con los acontecimientos emocionales del medio ambiente, y con los estados de ánimo de las personas que los rodean favorezca o excite esta facultad de encontrar complacencia en aunar objetos, catalogarlos y conservarlos. El carácter de vicio que entraña esta actividad del coleccionista aparece evidente si lo sometemos al cotejo de nuestra interpretación. En efecto: 1.°, es una actividad antieconómica; porque el coleccionista que no sea un chamarilero o resueltamente un comerciante (uno de los caracteres del vicio es su *reversibilidad* en actividad utilitaria) no mide la satisfacción de su deseo o su esfuerzo por el valor pecuniario del objeto añadido a su colección, y aun cuando crea que así lo hace, comete un error; y si no comete un error de tasación y de compra, comete de todos modos, en la inmensa mayoría de las veces, un error de cálculo en cuanto al valor lejano de su colección en la transmisión a sus herederos o derecho-habientes; substrae por consiguiente una energía económica actual (dinero) al caudal de la familia y la transforma, inversamente a lo que debe acontecer en condiciones normales, en una energía económica potencial (objetos valorables en más o en menos); 2.°, es una actividad de tipo *puèril*. Es inútil recordar el coleccionismo espontáneo de los niños. Para ellos constituye un *juego* el reunir los objetos y sistematizarlos, y muchos niños coleccionan efectivamente muñecas, soldados, papeles, sellos; 3.°, es una actividad antidoméstica. La prueba de ello está en la molestia que ocasiona a las mujeres y en la irrisión desdeñosa o en la enojada saña con que la persiguen. Desde la inocente y recatada filatelia hasta la bibliofilia que invade las paredes de la casa, todas las manifestaciones del coleccionismo irritan a las mujeres y provocan sus protestas. Me refiero, claro está, a un tipo medio de mujer del pueblo o de la pequeña burguesía, y aún a muchas de las clases sociales elevadas, mientras carezcan de cultura y de suficiente educación del espíritu. No hablo de las mujeres refinadas y cultas, que comprenden y comparten el vicio espiritual del hombre, el vuelo de sus alas de Icaro que en vano intentan levantarse sobre la esclavitud primaria del sexo.

El hecho es que nuestro modesto filatélico o nuestro coleccionista de autógrafos obedecen a las mismas leyes psicológicas, incurren en el mismo gesto vicioso,

cualquiera que sea el alcance práctico, el grado de error económico que su vicio acarrea.

Los «límites del vicio», desde el punto de vista estrictamente fisio-patológico, se hallarán tan sólo en el predominio de factores constitucionales de tal carácter y magnitud, que el sujeto pueda considerarse como *predestinado* a una conducta determinada. Todo lo propiamente patológico (anomalías, degeneración, criminalidad, etc.) es tributario de otro capítulo de la biología. Los vicios en sí no admiten otra limitación que la impuesta por las normas jurídicas o morales a las culpas en que puedan incurrir los viciosos. Pero esto no tiene nada que ver con su significado biológico.

15. *El vicio y el genio de la especie.*—Si interrogamos al genio de la especie —que es la mujer— la respuesta será clara y sin rodeos. La mujer posee y expresa una repulsión instintiva contra el vicio, incluso en sus manifestaciones más nimias; porque la mujer no comprende que la menor cantidad de energía sea desperdiciada por el hombre, desviándola del cauce único al cual abocan sus anhelos y sus esfuerzos: la conservación y consolidación de la especie. La mujer, en cambio, siente y desea la diversión, y la acepta también en el hombre, aun no siendo ella partícipe, porque divertirse significa renovarse, y en el retorno del que se ha alejado para divertirse hay siempre una nueva floración del primer encuentro de antaño, y en los pequeños motivos estéticos que han dado

una hora de jovialidad o de emoción al hombre, ella entrevé un enriquecimiento —utilizable en el porvenir— de su sensibilidad o de su capacidad creadora. Pero, en cambio, la mujer desdeña y odia el vicio, incluso el vicio mediocre y casi gratuito, el vicio inofensivo y silencioso, el vicio habitudinario y avasallador, porque en él barrunta la sorda rivalidad del egoísmo sexual, la protesta de la media humanidad condenada al trabajo para amparar a la otra media humanidad ocupada en parir.

16. *Antítesis del vicio y la pasión.*—Es indudable que el vicio parece encerrar en ocasiones elementos dispares, en su mecanismo psicogenético, de los que constituyen su propia esencia. Por ejemplo: el vicio puede ser un drenaje de descarga de emociones reprimidas, en el sentido freudiano, que el psico-análisis hace brotar de la confusa mezcla subconsciente. En este caso el vicio —un determinado vicio, en una determinada persona, y aun a veces en ciertas comunidades de personas afines—, aparece como relacionado, si bien indirectamente, con la pasión insatisfecha, con el deseo malogrado, con la tendencia emocional contenida por la censura, etc. Nótese, sin embargo, que la relación no es tan sólo indirecta, sino *aparente*, sin ninguna comunidad psicogenética real. La emoción reprimida por la censura, la pasión, el «pathos», no son otra cosa más que la causa ocasional, y actúan exactamente como la ocasión externa y objetiva que determina el establecerse de un hábito vicioso.

El mismo resultado producido en un grupo de hombres por la reiteración sugestiva de imágenes del ambiente exterior sobre una débil resistencia volitiva, incline al mimetismo, se logra en otros por la seducción sensual que invita a la repetición, al automatismo, al hábito, y en otros, por fin, sobreviene a consecuencia de la pérdida de una ocupación sentimental, pasional, que deja libre a través de la descarga dolorosa, un potencial de energía destinado, en modo inevitable, a ser empleado, útil o inútilmente, incluso en un sentido perjudicial. El vicio que entonces suplanta a la pasión, es precisamente su antítesis; en cierto modo nos entrega la prueba experimental de este intrínseco significado antitético del vicio con la pasión. Por eso, ninguna de las formas de *sublimación* de las tendencias instintivas que Freud y sus discípulos han descrito con tanta sagacidad, pueden identificarse con un vicio. El vicio es una actividad humana totalmente desligada del instinto.

17. *Conclusión.*—¿Habrá manera de encauzar este caudal de energías que actualmente se resuelven en vicios, y de lograr de él un mayor rendimiento para la especie?

Este problema queda, íntegro, para los moralistas y los pedagogos. Pero no podrán resolverlo si no se avienen a reconocer los fundamentos biológicos de esta forma de actividad humana, y si en los métodos que adopten o las soluciones que propongan no se respetan su significado y su esencia vital. Inútil querer

acumular este potencial de energía a las actividades económicas del hombre. Inútil querer comprimir o intentar desconocer esta corriente de fuerzas espirituales que divergen y saltan y rompen campo a traviesa hasta amoldarse en los remansos del vicio, y hallar desagüe por sus turbias acequias. Mientras no se emprenda y no se logre esta afortunada revisión de nuestros métodos pedagógicos, habremos de dar por buena la confesión que explícita o implícitamente asoma a los labios de la inmensa mayoría de los hombres en sus días postreros: Señor, gracias a mis vicios he cumplido con mis deberes.

Gustavo Pittaluga

